

ÁRBOL INVERTIDO

2014 / No. 60 / enero-abril



ES
PRECISO
QUE
CUBA
RESUCITE

Árbol Invertido

«Revista Literaria de Tierra Adentro»
II Época / No. 60 / 2014 / Enero-Abril
Ciego de Ávila, Cuba

Fundada el 15 de febrero de 2005
Proyecto independiente
(I Época: Mensual, 2005-2009, números
1-56)

Ilustraciones: fotos de Francis Sánchez
Diseño y multimedia: Santiago Bermúdez

Director y realizador: Francis Sánchez

Dirección:
Calle Martí, 352, e/ Estrada y Chicho Torres,
Ciego de Ávila, Cuba, cp. 65200

arbolinvertido@gmail.com

*dime, cántaro roto caído en el polvo, dime,
¿la luz nace frotando hueso contra hueso,
hombre contra hombre, hambre contra hambre,
hasta que surja al fin la chispa, el grito, la palabra,
hasta que brote al fin el agua y crezca
el árbol de anchas hojas de turquesa?*

OCTAVIO PAZ

Intentar mantener una flor encendida /5

Himnos • Paolo María /7

Cuando este árbol • Ibrahím Doblado /13

Huellas en el monte • Ibrahím Doblado /16

CÁMARA DE LAS BALANZAS

Ibrahím Doblado. La comarca salvadora • Ileana Álvarez /20

PALMA NEGRA

Turiguanó ya no tiene quien lo escriba • Félix Sánchez /26

Desde una lejanísima aldea llamada Tumbuctú del alma • Félix Sánchez /28

DÍA~LOGOS

Carta abierta a los escritores y artistas cubanos • Ernesto Peña González /35

RAÍZ AL CIELO

Nostalgia por el cine • Fernando Sánchez /40

JARDINES INVISIBLES

Artefactos para dibujar una nereida • Luis Manuel Pérez Boitel /43

RAMAS ADENTRO

Ibrahím Doblado. Un hombre, una metáfora de luz • Ileana Álvarez /48

Discurso al recibir el I Premio Internacional de poesía «Manuel Acuña»,

México, 2013 • Luis Manuel Pérez Boitel /53



INTENTAR MANTENER UNA FLOR ENCENDIDA

FRANCIS SÁNCHEZ

(Ciego de Ávila, 1966). Graduada de Filología en la Universidad Central de Las Villas (1989). Máster en Cultura Latinoamericana. Directora editorial de la revista *Videncia*. Tiene publicados, entre otros, los títulos: *Libro de lo inasible* (1996), *Oscura cicatriz* (1999), *El protoidioma en el horizonte nos existe* (2000), *Los ojos de Dios me están soñando* (2001), *Desprendimientos del alba* (2001), *Inscripciones sobre un viejo tapete deshilado* (2001), *Los inciertos umbrales* (premio «Sed de Belleza», 2004), *Consagración de las trampas* (premio «Eliseo Diego», 2004), *Trazado con cenizas* (Antología personal, Ed. Unión, 2007), *El tigre en las entrañas* (Crítica, 2009), *Escribir la noche* (2011), *Trama tenaz* (2011) y *Profanación de una intimidad* (ensayo, 2012).

Intentar mantener una flor encendida

es la escalera húmeda todo el año. La cruzas.

Con los ojos clavados en la nieve y la noche

trabajas bajo tierra. Parece de cristal,

tan pequeña. El color ¿hecho para una foto?

«Duran según el uso de menos o más químicos;

no se les considera, por eso, naturales».

Casi quieres decirme que no son de verdad

y excusarte por solo cultivar la apariencia.

Hablas de tantas cosas frente al arduo milagro

de tu flor breve, tienes miedo a que te descubran.

Vengo de un sitio donde este trabajo duro

se deja al sol, que lo haga él: no, nadie inferior;

y el llano se ha llenado de agujeros de minas

abandonadas, donde la luz busca colores

distintos, y el tumulto borrado los habita.

Déjame sin palabras, ni siquiera la sangre
me dones de esa mínima palabra que es perdón.
No me expliques la forma inclinada del cielo
de tu ventana, cómo subes por ella y bajas,
por qué es tan vertical, y esta flor sola arriba.

(Praga, marzo 2014)



HIMNOS

PAOLO MARÍA

(Camagüey, 1989). Poeta. Colaborador de la revista *La Hora de Cuba*. Realiza la revista de poesía *Númen*.

Homenaje a los poetas cubanos.

I

Es preciso que Cuba resucite:

salga del agua como el agua

para beber del cáliz,

sea la santa circunstancia.

¡Ya no morir bajo las palmas tristes.

Echar los perros del altar...

Perdona:

Todo el dolor que se creó en lo oscuro!

La noche fue para engendrar los versos,

sacar las bestias

y ver el Sol dormido!

Entre la hierba Cuba debe vivir,
llenarse de sangre lúcida y sonora.
¡Sea el Ave Paraíso,
animal sensible y luz y albas sucesivas!...

II

Demasiado ahogo para el extranjero.
Aquí la juventud padece
el fuego azul de las ventanas.

Hemos visto a las sirenas desnudas
y hemos querido partir,
lanzarlo todo por la borda:

¡Dejar atrás este convento atroz que muerde y mata!

III

Estar
es padecer un verbo triste.
¡Hemos visto el misterio!
Y hemos probado todos los sabores de la tierra.

Mi Patria no eres tú,
no son tus árboles
ni esta inconsistencia de los peces.

Hoja de loto entre los dientes de un siervo:
¡Mi Patria es el Amor
y todo lo demás!

IV

¿Acaso construimos casas para siempre
o para siempre perdura lo que nos enamora?

¿No hemos visto a la muchacha del bohío?

¡No! ¡No la hemos visto!

¡Oh Dios! ¡Si permanece lo que nos enamora!

V

Palmas sobre palmas

comen palmas vivas

y el trapiche es la historia del mundo:

¡Estamos molidos de Amor!

VI

Emergen voces de la tierra

como el himno de la Vida:

¡Es la danza de las palmas!

Ofrezco mi desnudo

para este sacrificio

en la sangre de la noche.

Ofrezco lo mejor de mi cuerpo

cuando está herido por las rosas:

el murmullo de mi sexo.

¡Hemos hecho el Amor sobre la Luz:

y este polvo y esta ceiba y estos pájaros

son testigos del culto y de la estrella!

VII

Esta es el ansia de los ríos represados,

esta es la apariencia silenciosa

que posee el Almendro.

Esta es la luz que mata:

la muerte tiene máscaras azules;

sabe aproximarse sin la noche.

¡Ella es la tempestad oscura:

orante y cristalina!

Vamos a sofocar el ansia

con los poemas de la tierra,

en esta angustia del invierno doloroso.

Vamos, amor, nuestro lamento

también tiene albas apetencias.

Vamos por la calzada ausente

a ver el Sol que eclipsa soledades.

Después, no más dolor.

VIII

Tenemos sed

y ojos pardos.

El rabo sencillo que no danza un jazz,

que no calienta un clítoris,

que no fecunda como el falo de Osiris.

Tenemos esta soledad,

estos pensamientos infinitos.

Convento de flores demoníacas,

palabra contenida en vértigo,

alegría del impúdico.

¡Noches de humedad con palmas locas!

Inmensa.

Definitiva.

Absoluta genuflexión.

IX

¡Estamos solos en el susurro de los duendes,
estamos como niños en nuestro paraíso.

También el Sol, también el Sol ha amado
y como todos los que amamos, miente!

X

La perfección necesita gotas de sudor:
enormes, pacíficas,
dispuestas a bendecir el aire.

La perfección es el saludo
de los ríos silenciosos,
la sonrisa de las niñas tristes.

Nuestra noche de gaviotas asesinas.
Nuestra compañera y sangre.

XI

¡Sí!

Pronuncio los himnos y las sombras,
germinan las estrellas en tu cuerpo.

¡Sí!

Palabra sonora,

Principio de la Luz y el Agua.

XII

¡Cuba, mi amor,
te estoy buscando y estás dentro,
fuera del dolor agazapado!

¡Dentro de tu alma está la noche,
adentro, muy adentro
está el desnudo de los enamorados!

¡Cuba, mi amor,
mezcla de légamo y espuma,
la Luz encuentra a los ángeles perdidos,
y todo debe morir
para que tú renazcas!

CUANDO ESTE ÁRBOL

IBRAHÍM DOBLADO

(Ciego de Ávila, 6 de agosto de 1941 - 21 de junio de 2012). Desde muy joven trabajó en la finca de sus padres. Su formación literaria fue autodidacta. Cofundador del taller literario «César Vallejo» de Ciego de Ávila (1969) del que fue posteriormente asesor. Presidente de la Brigada Hermanos Saíz (1972-76) en Camagüey y director de la Casa de Cultura de La Sierpe. Su obra ha sido incluida en diversas antologías, y en publicaciones periódicas: *Alhucema* (España), *Bohemia*, *El Caimán Barbudo*, *La Gaceta de Cuba*, *Videncia...* Autor de los poemarios *Cantos para conocer a mi país* (1977), *Cantos de Osha* (1994), *Kármikas* (2001), *Oceánicas* (2005). Escribió, para niños y jóvenes, los libros de narrativa: *Relatos de Turiguanó* (1983, Premio «La Edad de Oro»), *Caballo salvaje* (1996), *Sueña, Miguelito, sueña* (2001, Premio «La Rosa Blanca»), *Donde cantan los zorzales* (2003), *Estampida* (2005), *Nuevos relatos de Turiguanó* (2009).

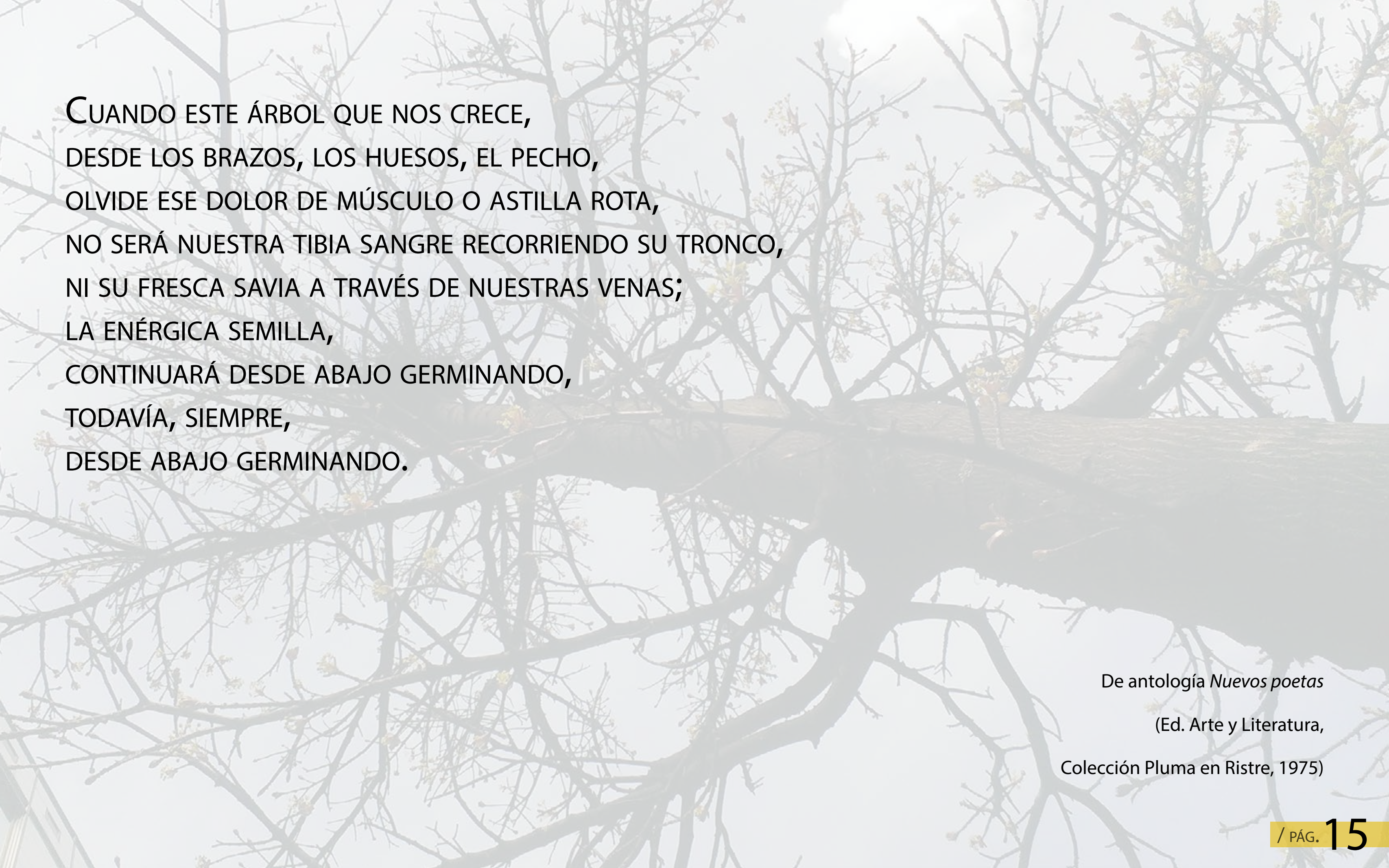
Cuando este árbol crece inminente,
los despojos del bosque perfeccionan
la redondez del tronco,
lejano el desgarramiento de la astilla
—memoriosa herida a todo lo largo de la fibra—
uno puede corroborar, entre otras cosas,
la viva fuerza de la hoja reciente
y hasta predecir
el ciclo pujante del florecimiento.

Cuando este árbol que crece entre nosotros,
inquietas ramas, savia presurosa,
se nos levante raíz a tronco a gajo a flor en el recuerdo
—atrás los sobresaltos y crujidos
de la madera precipitada—
sencilla, humilde, la palabra
platicará sin prisa con la sabiduría



de su corteza honda,
desde su tronco al centro.

Cuando este árbol,
frondoso árbol que nos deslumbra
—impaciente el poema hacia el centro, del fruto
extraviado el ojo ante el crecimiento del brote—
inmenso árbol que se nos encima
—el gajo se mueve turbulento; la madera, pronta, lo desmiente—
sea enteramente el árbol que el ojo entero vea,
el que crece a raíz profunda,
atisbado corazón a fondo.



CUANDO ESTE ÁRBOL QUE NOS CRECE,
DESDE LOS BRAZOS, LOS HUESOS, EL PECHO,
OLVIDE ESE DOLOR DE MÚSCULO O ASTILLA ROTA,
NO SERÁ NUESTRA TIBIA SANGRE RECORRIENDO SU TRONCO,
NI SU FRESCA SAVIA A TRAVÉS DE NUESTRAS VENAS;
LA ENÉRGICA SEMILLA,
CONTINUARÁ DESDE ABAJO GERMINANDO,
TODAVÍA, SIEMPRE,
DESDE ABAJO GERMINANDO.

De antología *Nuevos poetas*
(Ed. Arte y Literatura,
Colección Pluma en Ristre, 1975)

HUELLAS EN EL MONTE

IBRAHIM DOBLADO

—Debemos ir por el monte como si cada árbol nos observara — me advirtió tío Miguel, cuando caminábamos hacia lo profundo del monte.

Avanzaba perturbado porque no lograba ese estado que mi tío quería. Decía que todo estaba en mí, si yo así lo anhelaba. Es una disciplina, insistía, pero yo continuaba avanzando con todas aquellas dudas desde que al monte llegué.

El monte era agresivo, cubierto de diente perro, casimbas, y era difícil avanzar por él. Monte bravo de costa, un gran macizo de árboles que se aferraba con sus raíces buscando el rico humus entre las piedras, y así crecía. Maderas poderosas hacia lo alto del cielo. Apenas claros entre las ramas que permitían ver el cielo hondo de estas latitudes.

—Concéntrate. Que no se te escape ninguna huella hacia lo hondo del monte. Mira, escucha, huele, todos tus sentidos en acción y observa mucho cada giro de la luz, un susurro del viento.

A veces tío resultaba incomprensible y me exigía mucho como si cada minuto de mi viaje a su isla fuera precioso, una experiencia única que me hiciera mucha falta.

Una iguana salió huyendo delante de nosotros, muy grande, parecía un cocodrilo pequeño. En el monte los había por la parte cercana al canal que lo cruzaba y era cenagoso.

Miguel dijo: «una iguana».

La iguana se escondió rápido entre unas piedras. Corrimos en su busca, pero ya no estaba.

—No la busques— añadió tío, y calló.

No quise preguntarle nada. Me aturdía un tanto el viento en el ramaje alto de la copa de los árboles. Estábamos muy cerca del mar, se escuchaba el oleaje, y era invierno, la mejor época para entrar en estos montes llenos de coracés y jejenes.

Un majá huyó delante de nosotros y yo retrocedí bruscamente.

—Son muy pacíficos. No le temas.

Y continuamos avanzando y ya el majá había desaparecido también. En realidad yo anhelaba ver un venado libre, no como en el zoológico, y jutías en lo alto de los algarrobos. De eso me había hablado mi tío. Pero no trajimos a nuestro perro Coronel, uno de los hijos de Jíbara que Lolo salvara, porque se había clavado hondo una espina en su pata delantera derecha mientras escarbaba en busca de una rata.

El monte cerraba cada vez más y era imposible ya ver el cielo. El viento azotaba en lo alto y volaban unas mariposas oscuras con grandes manchas amarillas en sus alas. Al caminar, yo partí unas ramas secas que crujieron y unas lechuzas que dormían entre las ramas salieron volando torpemente.

Pero nada preguntaba y seguía silencioso a tío Miguel que avanzaba delante, decidido, con su paso rápido como si no pisara la tierra.

—Mira —él se detuvo.

Yo observaba, pero nada veía.

—¿Nada ves? —me preguntó. Dije con la cabeza que no.

—Observa bien cada detalle —así lo hice, pero nada veía—. Fíjate en el envés de las hojas removidas. La parte mojada por el sereno de la noche, la tienen boca abajo. Algo las viró. Debajo están las huellas de sus cascos. Coronel ya lo hubiera descubierto por el olfato.

—No es bueno dejar huellas. El venado no sabe ocultarlas —dije de improviso, sorprendiéndome de haber hablado.

—Siempre, de alguna forma, todos dejamos huellas. No es malo dejar huellas. Peor sería no dejarlas.

Miré bajo la espesura del monte tras mis huellas, y cierto, *no hay camino, se hace camino al andar y al volver la vista atrás...* el largo camino de huellas que no sé si volveré a cruzar. Ellas me seguían insistentes, tenaces, siempre detrás de mí, marcando todo mi camino, y duramente las increpé, y tío Miguel, muy molesto, me reprendió:

—Pero qué locuras dices. Nunca te había escuchado hablar así. ¿Te habrá afectado el monte? A veces es muy extraño el monte bravo de costa.

—Me afectaron las huellas, tío.

—Mira, muchacho, procura siempre que ellas, en el monte y fuera del monte, sean todo lo hondas y profundas y limpias para que otros las sigan. ●

Mayo y junio y 1999.

O ÁMARA DE BALARZAS



IBRAHIM DOBLADO.

LA COMARCA SALVADORA

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, 1966). Graduada de Filología en la Universidad Central de Las Villas (1989). Máster en Cultura Latinoamericana. Directora editorial de la revista *Videncia*. Tiene publicados, entre otros, los títulos: *Libro de lo inasible* (1996), *Oscura cicatriz* (1999), *El protoidioma en el horizonte nos existe* (2000), *Los ojos de Dios me están soñando* (2001), *Desprendimientos del alba* (2001), *Inscripciones sobre un viejo tapete deshilado* (2001), *Los inciertos umbrales* (premio «Sed de Belleza», 2004), *Consagración de las trampas* (premio «Eliseo Diego», 2004), *Trazado con cenizas* (Antología personal, Ed. Unión, 2007), *El tigre en las entrañas* (Crítica, 2009), *Escribir la noche* (2011), *Trama tenaz* (2011) y *Profanación de una intimidad* (ensayo, 2012).

Eran los principios de los años ochenta. Bajo las cortinas rompevientos que protegían los naranjales del pequeño poblado de Ceballos, una adolescente endeble y escurridiza se escondía sigilosa con un libro entre las manos. Su instrumento de trabajo, más grande y pesado que ella, yacía olvidado a un lado entre la hojarasca húmeda. Más allá de las verdes cortinas, otras adolescentes como ella se afanaban en una lucha desigual con la yerba de Guinea. El libro que leía se titulaba *Relatos de Turiguanó*. Una sonrisa, a veces un estremecimiento, se dibujaba en el rostro de la niña. Han pasado más de veinte años de aquel momento; aún recuerda cómo aquella naturaleza emanada de las páginas leídas se revelaba contra cualquier tipo de domesticación; algo percibía de su espíritu, algo se adhería al suyo. Las palabras *cimarrón*, *jíbaro*, *animal silvestre*, le repicaban una y otra vez. Más tarde comprendería con mayor claridad el significado de las mismas.

Eran los años ochenta, grandes cambios en la situación del mundo ya se olfateaban. En Cuba se vivía un cierto esplendor económico y un momento también de transformación en otros órdenes. Jóvenes artistas, desde la vanguardia de una crítica social que ayudaba al rápido deshielo de la época anterior, eran también portadores de una nueva forma de expresión. Sin embargo, en una pequeña ciudad del interior, *Relatos de Turiguanó*, un libro para jóvenes escrito en

plena «década gris» por un escritor de «tierra adentro», quedaba para siempre en la memoria de una niña y ayudaba a conformar su personalidad.

Ibrahim Doblado del Rosario había obtenido con este libro el Premio «La Edad de Oro», en 1982; entre los jurados se encontraba Senel Paz, uno de aquellos jóvenes que protagonizara los cambios en la literatura y que con *Un rey en el jardín* inaugurara visiblemente —¿inaugurara?— una manera diferente del tratamiento del niño en la literatura nuestra. A este libro de Ibrahim seguiría la publicación, al pasar de los años, de dos títulos más centrados en el lector joven: *Caballo Salvaje* y *Sueña, Miguelito, sueña* (2001). Los mismos trazan una línea ascendente en la propia escritura de su autor. La sencillez, por veces cándida, de los primeros relatos, da paso ya en *Caballo salvaje*, y principalmente en las narraciones que contiene *Sueña, Miguelito, sueña*, a una riqueza tropológica y conceptual que se acentúa en el lirismo de la anécdota y del lenguaje y en la complejidad de los planos narrativos. Este último libro, compuesto por los relatos «La estampida», «La cacería» y el que le da título, le valió al autor el Premio «La Rosa Blanca» en el año 2000. A decir del jurado, integrado, entre otras personas, por Enrique Pérez Díaz, «la belleza y complejidad lingüística del texto hacen de este libro una obra singular en el universo de la literatura infantil cubana».

En el segundo milenio, cuando ha ocurrido una desfragmentación del pensamiento, y cualquier idea o matiz puede explicar este mundo, todo vale, y debemos enfrentarnos al naufragio no sólo de los sistemas filosóficos, religiosos, políticos, sino también a la decepción y/o degradación de los valores individuales del ser humano. Es así como, con dureza, nos asalta el escepticismo, la interrogante que pende como espada de Damocles sobre nuestros atiborrados espíritus: ¿A qué aferrarnos, entonces; dónde hallar la verdad que pueda sostenernos, la fijeza?

Ahora recuerdo cómo en los libros de Tolkien, he encontrado una posible respuesta a estas grandes preguntas, que han funcionado como un tesoro. Si algo me cautivó, y aún me cautiva, en las continuas relecturas de *El Hobbit* y *El señor de los anillos*, no está precisamente en el mundo mágico que construye tomando como sedimento los viejos y eternos mitos de la humanidad, la lucha del bien y el mal personificada singularmente por criaturas de la imaginación; yace en algo más sutil que es bastimento de esto: la defensa por sobre toda las cosas de La Comarca, espacio donde habita el hobbit, techo y nutriente de sus valores esenciales. La Comarca se erige aquí en símbolo de la verdad que hay que proteger, salvaguardar de lo que está más allá, en lo oscuro, y puede irrumpir violentamente. Este espacio es la pertenencia, el mundo al que

debemos volver —para retomar fuerzas y no olvidar—, sea cual sea el viaje que emprendamos y cuyos lazos no se deben destrabar, amén de quebrarse algo bien adentro del espíritu.

Desde la dimensión humilde de la provincia, Ibrahím Doblado encuentra también una defensa de su «Comarca». Sus libros constituyen una especie de saga y no precisamente por la recurrencia de personajes y situaciones que hallan continuidad en uno y otro, sino por el *sympathos* maternalmente violento de los espacios donde ocurre la narración: Los cayos Romano, Coco, la Isla de Turiguanó, el mar y otros islotes del archipiélago Jardines del Rey; simpatía otorgada por esta especie de criatura habitada a su vez por múltiples especímenes y nobles engendros de la imaginación: la naturaleza.

Ella, la madre, se erige en la verdadera protagonista de estas historias; más que mirarla, escudriñarla o poseerla, los personajes experimentan que son contemplados e inquiridos por ella, poseídos o cuestionados por su fuerza solícita y a veces demoníaca. A nosotros, sus lectores, también nos contempla desde una distancia violable. Los personajes principales, como los adolescentes Pedrito y Miguelito, sólo logran su verdadera silueta en el diálogo que establecen con esta entidad viva. La imaginación de los mismos se expande arraigada a los recuerdos —pasados, inmediatos o por

venir—, en este intentar entenderse niño y naturaleza. El poder, la intimidad que se desprende de la recíproca comprensión es tal que lo soñado se vuelve realidad, se corporiza de una manera peculiar, como la gaviota que el Miguelito niño sueña en la ciudad, con su olor a mar y algas característicos del norte avileño, y que luego reaparece en los momentos difíciles de su vida asumiendo el rol de hada madrina.

En «Sueña, Miguelito, sueña», el cuento mejor logrado del libro homónimo, hay un dato interesante que sólo quisiera mencionar de pasada, pues su análisis cabal requeriría un ensayo, y es el sentido profundamente místico sobre el cual se sostiene todo el plano conceptual del relato. Lo que posteriormente Ibrahím nos dará a conocer con mayor profusión, deteniéndose en las aristas ético-filosóficas en su libro *Kármicas*, aquí se le entrega a los lectores más jóvenes en una degradación sutil, en un lirismo natural que emana de la propia anécdota y nos hace recordar aquella fiesta onírica de juegos de espejos y máscaras descritas magistralmente en *El gran Meaulnes* de Alain Fournier. Los procedimientos intertextuales se hacen vigorosos en este texto, que no es una simple alegoría infantil que ha tomado como recurso lo mejor de la tradición en el género para niños; asistimos a un texto de una densidad conceptual y filosófica que puede rebasar la comprensión de un público lector

imberbe. Ellos pueden disfrutar de cualquier forma su lectura pero, mientras más conozcan de las concepciones y filosofías orientales, esotéricas y bíblicas, más cómplices se harán de la fabulación.

«Sueña, Miguelito, sueña» es un relato cargado de magia, escrito en una prosa fina, lírica, envidiable, muy lejos de ñoñerías y didactismos superfluos, que desnuda a un autor cuya espiritualidad se ha forjado a partir de la lectura y asimilación de las escrituras más antiguas. Miguelito, el personaje infantil delicadamente delineado, se convierte en un símbolo del ser que ha de vencer innumerables pruebas para lograr el crecimiento espiritual; sus pérdidas nunca son tan poderosas que le hagan abandonar el camino que conduce a ese crecimiento. Es por ello que nunca deja de ser niño del todo: la infancia, los sueños que le dan vida, deben permanecer en la memoria y en los actos todos de la existencia. Relato antológico este que, a pesar de las problematizaciones que enuncia a nivel de la familia y del entorno, no se regodea en el patetismo ni en el dulzor del melodrama; antes sí deja entre los labios el sabor de las sentencias primigenias escritas en el viento que, cuando andamos desesperados en la búsqueda de respuestas, de pronto, sin énfasis, bien quedas, nos alivian el fardo de las interrogantes.

Ibrahím Doblado no ha tenido que construir un mundo: lo toma de la realidad del paraíso perdido de su infancia. La originalidad de

la saga que nos ha legado reside precisamente en la entrega —con la peculiar mirada del niño que ha sido— a una verdad desprendida de la relación con las pequeñas cosas que nos rodean, miniaturas que abren las puertas del Universo. Este autor funda y refunda en cada uno de sus libros para niños y jóvenes un diálogo característico basado en la armonía y el respeto a lo que pertenecemos, a lo que estamos atados por una memoria ancestral. La custodia de los valores emanados de esta controversia hombre-naturaleza —que, como es lógico, encierra una profunda sabiduría— aspira a fluir y ser transmitida de manera orgánica y espontánea de las propias historias, ser consustancial al entramado de la fábula. Meta que se alcanza, pues lejos de discurrir con un tono discursivo, penetra en los jóvenes lectores con el mismo sobrecogimiento que asaltó a aquella adolescente a hurtadillas en los naranjales. ●



PALESTRA ZENEGRA



TURIGUANÓ YA NO TIENE QUIEN LO ESCRIBA

FÉLIX SÁNCHEZ

Se nos ha marchado Ibrahím Doblado y la literatura avileña está de luto. Luto callado, de quienes lo conocimos. Aprendimos de él, lo admiramos, y sabemos que su partida silenciosa, una noche lluviosa de junio, sin la compañía y honores póstumos que su estatura merecía, no tiene nada que ver con la huella tremenda que deja en la cultura cubana.

Fundador de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) avileña, merecedor con creces de la Distinción por la Cultura Nacional que al fin un día, tardíamente, le entregaron; ejemplo de promotor, alma del despertar de la literatura avileña en los años 70, junto a su hermano y también escritor y promotor, Raúl, Ibrahím es más que un nombre en nuestra literatura.

No sé si allá en el Hogar de la Iglesia Metodista que lo acogió en sus últimos meses recibió el 6 de agosto de 2011, en ocasión de su 70 cumpleaños, el homenaje que se le debía. No sé si el deber de atención que reclamaba su dimensión como creador a todas nuestras estructuras del trabajo cultural llegó a concretarse en alguna llamada, alguna visita, en ese tiempo en que las manos caritativas y humanísimas de sus compañeros de fe le hicieron agradable el comienzo de la vejez.

El viernes 22, tras unas breves horas de estancia en la funeraria de Calzada y K, acompañado de su hija Samira, partió Ibrahím hacia la eternidad. Todos sus amigos y colegas de Ciego de Ávila nos enteramos tardíamente, y no nos lo perdonamos ni lo perdonamos. Tampoco supimos de sus cinco días de convalecencia en el hospital, anuncio de un desenlace que a nadie debió sorprender.

Ahora queda su obra. Él sabía, desde su humildad, y su conciencia de escritor, que era la riqueza con la que nos llevaba amplia ventaja.

En 2001, cuando cumplió 60 años, adolorido yo por el modo en que se había ignorado su onomástico, escribí unas palabras que el periódico *Invasor* recogió el 25 de agosto. Él las aceptó agradecido, como si ya hubiera aprendido que no tenía suerte con los homenajes, que siempre le llegaban tarde.

Hoy que su luz agostina más que apagarse se eleva para iluminarnos mejor, las añado a esta despedida. Mucho de lo que dije allí no haría más que repetirlo, un poco más conmovido, hoy. ●



DESDE UNA LEJANÍSIMA ALDEA LLAMADA TUMBUCTÚ DEL ÁNIMA

FÉLIX SÁNCHEZ

Margarita [*García Veitía*], pasaron ya varios días de tu reenvío, y creo que aún no me acabo de reponer totalmente del desconcierto ante las palabras tan precipitadas, inoportunas e irrespetuosas que despertó en Reynaldo González mi modesto mensaje sobre la muerte de Ibrahím. Tanto que se podía decir sobre Ibrahím, tanto bueno, y que Reynaldo haya optado por lo peor, por hacer catarsis ateísta. Detestable resulta que se tome un hecho así, que tanto nos ha consternado, como un simple pretexto, ni más ni menos, para desplegar el ego y darnos esas gratuitas lecciones de terrenalidad.

Vuelvo a leer cómo correspondió él a mis palabras de duelo, y no puedo sentir otra cosa que ardor en las mejillas:

(June 29, 2012 9:02 AM)

Querida Margarita, lo supe por las noticias tardías que salían de Ciego como si se tratara de un municipio de Tumbuctú. Pobre escritor. En los últimos tiempos, luego de probar la fe en distintas líneas casi siempre paralelas, que no coincidían, yo lo sentía ido, voluntariamente y fatalmente colocado en una dimensión otra, muy buscada pero sin asideros. Nunca he comprendido la

ansiedad de creer de algunas personas. Se empeñan en hallar lo que llaman La Verdad, atrofian sus pensamientos y sus días y se devanan los sesos, en sentido literal. Nunca tuve esas ansiedades y he concluido que esa búsqueda es una debilidad de carácter, una orfandad que los pone a la búsqueda o fabricación de un padre con superdotes y los deja en estado deficitario, postrados ante el Mesías que bien se anuncia pero mal llega. Debe ser agónico para los simples mortales nacidos endeble, calamitosos, solo capaces de inventarse un dios, o varios en las religiones no monoteístas. Ya las monoteístas tienen demasiadas nieblas, fetiches y fantasías que no sirven a la divinidad, sino al imperativo negocio de la fe, una operación de marketin a la cual le sobran órganos, inciensos, catedrales, ensotados y cuentas bancarias vaticanas. La fuerza de la invención no les alcanza como para corporeizar esos dioses deseados, y en el afán entregan a usufructo su capacidad de decisión, pierden el sentido de sus propias existencias, despreciadas por resultar vulgarmente carnales. Ibrahím fue uno de esos casos, llevado a extremos de alucinación. Así, mal pudo organizar su vida, inmediata, groseramente real, su relación con el cuerpo y el contexto. Lo recuerdo debatiéndose en esa desazón de muchas etiquetas y dando la lata con sus obsesiones. Ojalá con tantos devaneos se haya comprado una parcelita en ese otro

mundo entresoñado. Lo que está en nuestras manos de mortales irreductibles es retomar sus letras, valorarlas como una manera de recordación quizás pueril. No dudo que hallaremos algunas perlas de merecimiento. Es la única posibilidad que deja a nuestro alcance. Besos, Reynaldo

PD. Autorizo a circular copias, pidiéndole disculpas a quienes tienen otros convencimientos.

¿Cuál puede ser la pretensión de Reynaldo al incitarte a «circular copias» de esas bochornosas líneas apenas acabando de enterarse del fallecimiento de Ibrahím? Ni un solo elogio en su cuartilla minimizadora. Ni un solo recuerdo bueno, solo reducción y lástima. Nada de luces y muchas, muchas manchas, en el más puro estilo antimartiano.

Llamar a Ibrahím «pobre escritor» es una cruda ofensa, peor en el momento grave de saber su muerte, peor viniendo de quien viene y a donde nos la envía, a la comarca de la provincia avileña de donde somos unos otros, provincia donde estos «pobres escritores» aldeanos hemos dado espacio siempre para el respeto y el homenaje a los escritores buenos, lo mismo los más humildes que los de súper ego, porque no

nos preocupa precisamente la falta de espacio o «parcelitas» cuando de compartir afecto se trata. Un hombre que fue feliz con un solo par de zapatos y una vieja máquina de escribir y no tiró levas de nadie, y deja veinte libros sobre la tierra, y una hija, y dos nietos, y muchos amigos y agradecidos lectores, no es pobre, aunque no durmiese en palacete de consagrado y su rara cordura haya despertado risitas entre los supuestos triunfadores (que siempre, por supuesto, se creen tan cuerdos).

Allá los civilizados y alejados de la pobreza material. Somos muy tradicionales en este humilde Tumbuctú del centro de la isla,

Margarita. Para nosotros el duelo no será nunca una asamblea de méritos y deméritos, ni una reunión de evaluación con sus debidos párrafos de «señalamientos», ni un pretexto para intentar ser biógrafos o inquisidores de nadie. Si ante el cuerpo inerte alguien conmovido y a modo de adiós dice: «fue el mejor hombre que conocí», a ningún miembro de nuestra «tribu» se le ocurre discrepar apelando a una regla y un cartabón de medir virtudes. Nos hemos librado de esos tontos o envidiosos. Sabemos que ante la muerte

es válido hasta el exceso, y que a la pena por el que parte no debe ponérsele bridas y mucho birrete. Nobles desmesuras esas de los sentimientos.

Nuestro modo de mirar la luz y no las manchas no es discurso vacío, Margarita, lo pudo constatar el propio Reynaldo en aquellos días en que la noticia de que era Premio Nacional llegó a esta aldea. Y así ha sido en todos estos años de relación con él. Cómo no sorprendernos y lamentar que un hombre que hasta hoy hemos considerado justo y humano, padeciente también en su momento de los que creyeron tener la verdad y la impusieron, cuya estatura y prestigio pudo utilizar mejor para evocar y resaltar la figura de su coterráneo y colega, haya pretendido tomar a Ibrahím solo como pieza para ilustrar ciertas tesis suyas, discutibles como todas.

Que con tono de patriarca el ayer «sometido» olvide su pasado, se crea libre de dudas y devaneos, sea intolerante cuando él mismo ha reclamado y más de una vez tolerancia, reafirma, amiga mía, cuán difícil es vivir hasta el final rectamente, sin acomodarse a la época y los mandatos.

Jodida sociedad superior estamos construyendo, Margarita, si un hombre como Ibrahím se saca esos hermosos libros del corazón y solo encuentra báculo y refugio en un hogar inspirado en el

humanismo eclesiástico que el marxismo se propuso superar. Jodida intelectualidad tenemos que achaca destinos solo a debilidades del individuo y no cuestiona la responsabilidad social, la filosofía de una sociedad donde la humildad se convierte en defecto, en carencia de habilidad para llegar primero a todo.

Bien pudo Reynaldo preguntarse: ¿Qué hacía Ibrahím allí, apartado, lejos de la vida literaria del país, durante más de dos años? Pero no, se cuidó de cuestionar más los «devaneos» de Ibrahím que los de una Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y un Instituto Cubano del Libro (ICL) que en ese tiempo no levantaron un dedo por él, ni siquiera sabían dónde estaba, y por eso, por esa desidia, esa incomunicación, nunca se enteraron del estado de gravedad de Ibrahím y mucho menos de su muerte? La prensa local que cubrió la noticia, lo hizo porque les avisamos estos amigos a los que Reynaldo ahora nos depara sus lecciones, no ninguna de esas instituciones con que él tiene la vida de un ateo tan bien organizada.

Sí, a otros que han «organizado mejor su vida» no les pasaría lo que a Ibrahím. Todos sabemos sus desvelos por la carroza. Se harían sentir, buscarían en sus agendas teléfonos ministeriales, sus manías de grandeza no tolerarían el anonimato, el enclaustramiento. Hermosa lección esa final de Ibrahím, Margarita. Él sabía que

dejaba muchos y buenos libros, y le bastaba con ello, no suspiró por homenajes y premios que lo esquivaban. La vida es así, a veces los que parecen más afortunados y distantes de la mendicidad, resultan ser los que más han mendigado, una vez nos adentramos meticolosos en la historia.

Cuán diferente, Margarita, el sentimiento que la misma noticia despertó en un escritor como Enrique Pérez Díaz, hoy director de la editorial Gente Nueva, a quien nunca los avileños le sabremos agradecer suficientemente lo que significó para Ibrahím encontrarle, pues esa editorial dio a la luz sus manuscritos. Así escribió Enrique en su carta a Ibrahím que enseguida remitió a *La Jiribilla* con el título de «El alma de los cayos salvajes», y que te confieso leí ayer para mí, y para Gladys, la que fuera esposa de Ibrahím, con un nudo en la garganta.

El mejor cantor de los agrestes cayos del norte, quizá el más incomprendido por muchos, como tan admirado por quienes supimos ver en ti la vocación de un genuino y místico Salinger de las costas cubanas, el eterno y atormentado adolescente pleno de euforia y entusiasmo por lo imposible, viajando como Holden Caulfield en su propio laberinto

existencial, el ser humano ajeno a todas las convenciones y burocracias.

Allí estará tu vocación de hombre solitario y rebelde, escapando de la bárbara civilización que no entendías hacia la civilizada barbarie del medio natural que tanto amaste y defendiste en tus inspirados y conmovedores libros.

¿Hermoso, verdad? Otro tanto de sincero humanismo nos llegó con la firma del poeta Álex Pausides:

Qué pena enorme. Lo quise y lo admiré en su humildad desde nuestros lejanos años de los inicios cuando el grupo avileño era una luz rutilante en la sabana camagüeyana y uno de los pocos puntos iluminados en extramuros (su nombre fue uno de entre los elegidos que cambiaron el rostro a la poesía entre nosotros y la echaron a la naturaleza). En verdad lo siento mucho.

Ibrahím, Margarita, tú lo sabes, no tenía más doblez que el de su apellido. Cambió, cambiaba, dudaba, creía y descreía, pero siempre buscando su verdad, no un aplauso, un peldaño o un perdón. Daba lata con sus obsesiones, que es mucho más digno que otros tipos de latas escaladoras. Qué bueno saberlo. Qué placer decirlo. Qué orgullo para esta distante aldea tumbuctuina.

Para rematar el desatino, la intolerancia y las especulaciones humillantes, el «Premio Nacional de Literatura» avileño llega al extremo de la burla: «Ojalá con tantos devaneos se haya comprado una parcelita en ese otro mundo entresoñado».

Sí, seguro la tiene, y no por comprarla (Ibrahím nunca supo lo que era una libreta de banco) sino por algo mejor, porque alguien se la donó en gratitud. Y en esa «parcelita» póstuma, la de todos los escritores inadaptados, sufridos, incomprendidos, no eternos pasajeros de aerolíneas, no domesticados, víctimas y no victimarios, estoy seguro que encontrará él más colegas ilustres para tertuliar, que si se le enviase —no, ningún Dios espero cometería esa injusticia— a una parcela ancha, próspera e iluminada como esa donde han vivido terrenalmente los que en todas las épocas han sabido, a un mayor o menor precio, olvidar, someterse, pactar y triunfar. Allí, entre los carentes de

estrategias para el juego sucio de la vida, se sentirá Ibrahím muy a gusto. Nos lo imaginamos.

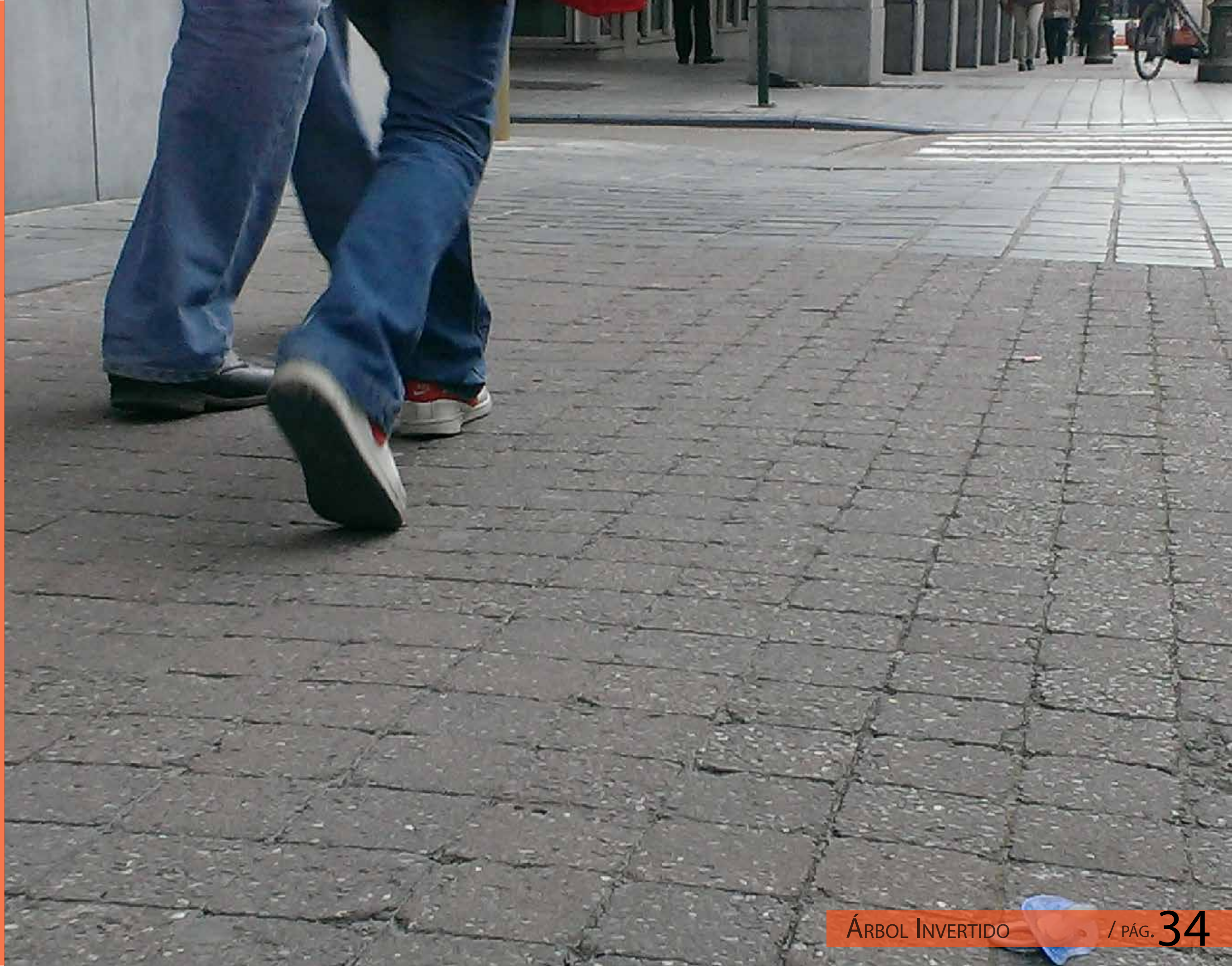
Te imaginamos, sí, Ibra, Gordo, hermano.

Por supuesto, tampoco tengo objeciones, Margarita, en que circules a todos los puntos de la rosa náutica estas opiniones. Defiendo la honra y la memoria de un hombre que lo merece. Circúlalas, mucho, y las de Reynaldo también, claro, porque es bueno que más y más personas las conozcan.

Eso sí, yo no ofrezco disculpa adelantada a los que se incomoden, Margarita. Es más, me gustaría muchísimo que se incomodaran. Para qué voy a andarte con rodeos, me gustaría. ●

Afectuosamente.

DÍA LUGOS



CARTA ABIERTA A LOS ESCRITORES Y ARTISTAS CUBANOS

ERNESTO PEÑA GONZÁLEZ

Escritor. Premio de novela «Alejo Carpentier» 2010.

A los escritores y artistas cubanos (en especial a los villaclareños) que colaboren consciente o inconscientemente con la policía secreta. Y también, claro, para quienes no colaboran.

«Amigo es quien en la prosperidad acude al ser llamado; y en la adversidad, sin serlo».

Estimados:

Hace poco publiqué en mi página de Facebook un breve comentario sobre nuestra Constitución titulado *La falacia que apela al bastón en la Constitución cubana*.

A partir de entonces, la policía secreta no me pierde de vista y emplea todos sus trucos de propaganda negra y descalificación contra mi persona. El último acoso aconteció durante la presentación de mi libro *Íntimos atentados*, con la presencia de cómplices mudos, algunos de ellos escritores. Esto yo lo esperaba. Es natural. La burocracia se defiende, al viejo estilo KGB, contra quienes disintimos públicamente de su doctrina única: «o estás conmigo o contra mí». «La fuerza hace el Derecho».

También he notado que otros escritores y artistas (algunos merecedores de mis respetos) han cambiado su actitud en su trato

hacia mí; en concreto, me han agredido de modo indirecto. Presumo que lo han hecho de manera inconsciente, o engañados, y por eso advierto:

Ser cómplice de acoso y represión, o reprimir a una persona por sus ideas políticas es, más que una violación de los derechos civiles, UNA ELECCIÓN PERSONAL. Se elige la violencia como único argumento, se elige el odio de guerra en lugar del diálogo pacífico. Pregunto a los escritores y artistas comprometidos con la policía secreta: ¿Han leído mis comentarios sobre la Constitución? ¿Han replicado con argumentos diferentes a los míos? ¿Qué les han dicho sobre mí? ¿Sus conductas hacia mi persona son resultantes de sus propios pensamientos y conclusiones, o de simples rumores y cizañas? O peor, ¿de órdenes?

Yo estoy escribiendo esta carta para que no se use luego el subterfugio: «Ah, yo nunca supe por qué te acosaban y reprimían. A mí me dijeron o mostraron otra cosa». Bien, ahora lo sabes. De modo que si me provocas a un diálogo comprometedor, si me fotografías con tu celular de manera «inocente» para luego entregar la foto a tu oficial de enlace, si interrumpes de mala fe una presentación de mis libros, si me grabas las conversaciones, etc., no es la policía secreta, ERES TÚ QUIEN ELIGE LA VIOLENCIA. No solo estás haciendo un

negocio con quienes, por oficio, me acosan, querido amigo artista o escritor, sino que estás CONTRIBUYENDO a que YO TERMINE EN LA CÁRCEL. Estás contribuyendo a la destrucción de mi persona y de MI FAMILIA. Eliges el odio para relacionarte conmigo, aunque no seas tú el ejecutor directo de mi posible sentencia, ni el carcelero que me conduzca al calabozo.

Quiero que lo anterior esté bien claro para que, si eliges el odio, lo hagas DE FORMA CONSCIENTE, sepas cuáles fines motivan tu conducta (el dinero, la convicción ideológica, tu juramento militar, o lo que fuere), pero que el móvil no sea tu propia ignorancia, tu automatismo o la obediencia ciega. Combatir contra un enemigo ignorante o un autómeta obediente es como intentar dialogar con un árbol. No vale la pena. Y espero, si eliges ser mi enemigo, que seas un enemigo digno.

También puedes elegir el camino del diálogo y convertirte en mi contrincante de opiniones (que no mi enemigo), o simplemente ser un amigo que no comparte mis ideas políticas. Pero por favor, no seas espía y al mismo tiempo, me estreches la mano y me sonrías. No te hagas eso a ti mismo.



POR QUÉ EL ATREVIMIENTO

Muchos economistas y abogados han analizado sin premura las leyes de Cuba y los rumbos de la economía. Yo, aunque soy escritor de ficción (a lo sumo un analista textual dada mi formación como filólogo), me atreví, en mis prisas y mis rabias, a realizar un sucinto comentario sobre la Constitución, apoyado en algunos de sus artículos ya que, siendo la primera de las leyes, raíz y modelo de las demás, me pareció un buen documento por el que empezar, antes de intentar zambullirme en el mare magnum de Códigos, decretos, etc. Y porque también, como dijera el poeta, «donde falta la esencia sobran los detalles».

¿Para qué continuar analizando, estudiando, proponiendo? Nuestra Constitución simplemente deja claras las cosas para los estudiosos de las leyes y de la economía. Digan y debatan lo que se les antoje: nada cambiará, y si lo hace, ocurrirá con UNA LENTITUD EXASPERANTE, tan lamentablemente conocida por los cubanos de a pie. La burocracia seguirá usando la falacia del bastón, y el PODER ÚNICO. Escuchará a los sabios, pero solo para eso, para dar una idea de flexibilidad y condescendencia. ¿Pero la apertura real? ¿Los cambios reales?

¿Qué quiero yo con todo esto? Es tan simple: un salario decente para los trabajadores cubanos. Un SALARIO REAL. Un poco de decoro para nuestras vidas. Que podamos vivir de nuestro trabajo, no de remesas ni propinas ¡Que no somos sempiternos ni siquiera galápagos!

En fin, quienes me aprecien o quieran ayudarme a protegerme de la policía secreta en este momento difícil, reenvíen los textos adjuntos a sus contactos porque sospecho que mi dirección electrónica está ya en la lista negra y es probable que no le llegue a muchos. Gracias.

Con paciencia y buena fe,

Santa Clara, Villa Clara, Cuba. 19 de abril y 2014

espejoenelcamino.wordpress.com

todosforos@gmail.com

(Correo electrónico recibido el 2014-04-24)

RAÍZ AL COEILLO



NOSTALGIA POR EL CINE

FERNANDO SÁNCHEZ

El cine (me refiero a la sala de proyecciones) como yo lo recuerdo y lo concibo, en verdad, es como aquel de mi pueblito natal, que una vez fue propiedad de mi padre, con películas de celuloide y potentes proyectores que permitían contarle los pelos al bigotico de Jorge Negrete y hasta oler la pólvora de las gloriosas películas soviéticas.

Con sus carteleras con escenas de las cintas, sinopsis atractivas y los nombres de filmes y protagonistas en grandes pinceladas de colores brillantes; las tandas corridas de más de un filme alternando con noticieros, cortos animados, avances de otras cintas e incluso pequeños capítulos de series de acción.

Su bien pensada promoción (hoy diríamos mercadotecnia) con días gratis para mujeres y niños, tandas infantiles dominicales y el carro altoparlante que recorría las calles sonsacando en sus mismas casas a los potenciales espectadores, e incluso un proyector móvil que llevaba el espectáculo hasta el más recóndito de los parajes.

Recuerdo también las bocinas de trompeta en las afueras del cine regalando música desde unas horas antes hasta que el vals *Voces de primavera* identificaba el momento preciso del comienzo de la proyección. Todo estructurado en un inteligente esfuerzo capaz de hacerle frente hasta a los pequeños circos que de tarde en tarde «aterrizaban» en la zona.

El cine de ahora es bien distinto, casi un cadáver heredado del pasado milenio que aún no ha muerto clínicamente gracias a la respiración artificial (entiéndase presupuesto) que le insufla el Ministerio de Cultura, y el Estado en última instancia, en un loable empeño por mantener vivas esa y otras tantas tradiciones.

Pero claro que no basta. Porque un cine semivivo será siempre un absurdo, una derrota, aun cuando exista el periodo especial con sus zancadillas para acceder a copias en celuloide y proyectores tradicionales con sus lámparas de arco eléctrico, además de la tremenda competencia que significan los «paquetes» informáticos, los DVD y la televisión.

El reto consiste, entonces, en saltar esos obstáculos con el rescate de viejos y probados conceptos enriquecidos con ideas renovadoras, en las que predomine la inteligencia y el sentido de pertenencia de los trabajadores del sector, al punto de que la almohada les resulte dura el día en que a su cine sólo entren cuatro o cinco espectadores, insuficientes siquiera para pagar la electricidad consumida.

Y así se irá a la búsqueda de incentivos como poner en los lobby de las salas televisores con escenas de los filmes en proyección, colocar afiches en lugares concurridos y hacer promoción en la radio y la TV, sin descontar la búsqueda de cintas de calidad y musicales,

cortos y otros materiales con los que se pueda conformar una verdadera, variada y atractiva cartelera.

Y si de variedad y atractivo se trata, qué mejor que combinar las puestas en pantalla con otras manifestaciones artísticas propias para esas salas, siempre que las condiciones lo permitan, entre las que pueden estar cantantes solistas, pequeñas agrupaciones musicales, grupos de teatro, conferencistas, humoristas, colectivos danzarios.

De esta manera los cines dejarían de ser la especie de agujero negro en que se han convertido y ganarían la principal de las batallas: llenarse de espectadores. Como la sala de mi pueblito natal, cuando era propiedad de mi padre, antes de serle nacionalizada. Ahora con la ventaja de las nuevas tecnologías que hacen del séptimo arte un espectáculo mucho más interesante. ●



JARDINES INVERTIDOS



ARTEFACTOS PARA DIBUJAR UNA NEREIDA

LUIS MANUEL PÉREZ BOITEL

(Remedios, Villa Clara, 1969). Licenciado en Derechos (Univ. Central de Las Villas, 1996). Es autor de una veintena de poemarios, con los que ha ganado importantes premios, como el «Casa de las Américas» con *Aún nos pertenece el otoño* (Ed. Casa, La Habana, 2003), el «Eliseo Diego» con *Ciudades del invierno* (Ed. Ávila, 2005), el «Casa de Teatro» con *Memorial de invierno* (Ed. Casa de Teatro, República Dominicana, 2006) y el premio de poesía en la convocatoria de los primeros Juego Florales de Tegucigalpa, Honduras, con *Hay quien se despide en la arena* (Ed. La Ronda, 2011), entre otros. Nunca ha dejado de vivir en su pueblo natal. Su éxito más reciente ha sido ganar la primera convocatoria del concurso Internacional de Poesía «Manuel Acuña» y, al respecto, inquirido sobre qué haría con los cien mil dólares del galardón, en una entrevista en el periódico *Vanguardia* de su provincia, señaló: «Voy a regresar a Remedios, que es lo que pudiera ser más preocupante para algunos, y me voy a dedicar a vivir y a mejorar mi poesía».

(Fragmento del libro ganador del I Premio Internacional de Poesía en lengua española «Manuel Acuña», México, 2013)

POEMA DONDE DICE MAMÁ QUE HAY POESÍA PARA RATO

Ángeles, parecen ángeles, me ha dicho la sombra que enceguece;
pero son imprecisos caballos en el mar, raras luciérnagas o ninfas
equidistantes de este inútil aposento. Sobrevolaban las casitas de la
infancia en un abrir y cerrar los ojos, con el pincel en la boca, mi padre
ha dicho que son ángeles, nadie dice nada ante mi parapleja. Diluir
los ojos, escapar del poema y pensar que reverencio esas variaciones
ocultas en la alfalfa y la acuarela que no está. La boca mueve todos
los significados, difícil cerco de la boca para desparramar lo que nadie
ha visto. Ángeles, parecen ángeles, de la boca salen ángeles cuando
uno no se lo piensa, en esas marinas distantes de Dios y de la abisal
sombra que me cubre, en esta cama donde llevo residiendo veinte
años, llevo muriendo veinte años, pero son ángeles, parecen ángeles.

Si advierto en el remanso de este sitio, que nunca alcanzaré a dibujar el mar, es solo una utopía, un estado de gracia de esta parapleja donde solo muevo la boca, la boca del pincel que descubre ángeles, y todos quedan alrededor de mí como si fuera una locura. Ha venido la cartomántica, la hija que se ha quedado ciega de la tía Grimilda, que residía en Bulgaria hace unos años atrás, para que lea algunos salmos y dejen que el mar se aplaque. Ellos no han visto ángeles por estos tiempos, sólo la tierra árida donde sucumben unas bestias que ya no sirven para nada, el ojo de agua de la cañada ha desaparecido, dice la maga que ha sido un año aciago. Intento hablarle de un provenzal tiempo de siega, pero las palabras me son difíciles y tía Grimilda reconoce que en los ojos de los ángeles hay siempre un tiempo mayor.

No está mal que no haya aumentado dos libras en cinco años. Todos se disculpan para tomar un té de jazmín que Zenaida ofrece a los que llegan. Ángeles, son ángeles estos los que regresan con acuarelas, por el pasillo que conduce a la habitación hay ángeles, raras nereidas que no logro detener por los brezales hasta que escapan de esta sobredosis. En el ajeteo de estos días de cosecha, siento la hierba

húmeda y el cansino aliento de los que parten. Sentir ese adiós es como si todo acabara. Mi madre es la única que dice que voy creciendo, que tengo buen color, que los médicos se han equivocado de pronóstico.



Él le decía a mi mamá “yo quiero hacer verso”, y mi mamá le respondía: “¡Pero Juan, ese es un trabajo para morirse, no para vivir!”

Juan Gelman

Estos artefactos me hacen recuperar las palabras, esa ceguera del mundo civil que nadie cuenta. Disimula mi madre que está enferma de un cáncer que le llega a los huesos, que es difícil dibujar una nereida sin mirarle a los ojos, en el apretado convite que se ofrece, dice Sigfredo Ariel que la poesía dejó de rendir trigo. Habla Gabriela Mistral de la poesía que tanto desprecian los poetas mozos, refiere Ramón García Mateos, que son malos tiempos, cuando la poesía no sirve para nada. Yo miro los ojos de mi madre, ella ha leído a Cesar Vallejo, y sé cuándo irá a llover, y cuándo el mar está en calma. Mi madre, que es como una nereida, alguien que augura que hay poesía para rato.

Sí, eran ángeles, pero yo decía que eran nereidas. Díselo tú papá, que eran nereidas.

CARTA ASTRAL PARA DIBUJAR UNA REALIDAD

QUE NO ENCUENTRO EN TU NOMBRE

Qué puedo decirte, madre mía, a la hora del mal dormir entre jeringuillas y fragmentos de un linfoma que parece te llevaba poco a poco. Después del chinesco hospital, los cristales de la noche, el traspies que oficia el cáncer entre tus arterias, cómo decirte tanta verdad, una verdad absoluta que no podría creer nunca, por la que respondías como un animalito tembloroso, el más frágil de los animalitos asediado por la multitud, imposible de entender en su propia sombra. La definición de un extraño sueño que descubro en tus ojos, en la planicie de tus ojos, por ejemplo, cuando acudíamos a la salita del hospital y yo te ofrecía regalos para que no imaginaras la sangre que faltaba, los estertores de esta aciaga existencia de la que no puedo despedirte. Entonces indagabas el porqué de aquella gente moribunda cruzando frente a nosotros, por qué tanta soledad en los rostros de los paseantes y de uno mismo. Nada nos era ajeno, ni apenas el día que me dijiste que no querías ir más al tratamiento, que ya las venas habían colapsado y que era algo injusto que no podía seguir ocurriendo. Entonces mirabas alrededor, y no hallaba razón ni pedestal, no hallaba el sendero para trasmitirte el estado de

necesidad, las injusticias de Dios, y de la vida que siempre es incierta. Duró un año el temor, la súplica y el desasosiego de cuidar de ti, madre mía, de sentirme a tu lado el más pequeño de los hombres, un principiante, el incomprendido por la turba, el que escapó de todo pacto por alcanzar la felicidad, y tú no sabías nada; en ese instante donde decidí dejarlo todo a Dios, pero salvarte. Así fue la rutina de los días, la búsqueda por minimizar las secuelas de las quimioterapias y de tus venas necrosadas. Madre mía, qué difícil es dejarte en un poema para que elijas entre la pátina de la enfermedad y la manida palabra existencia. Qué difícil es dibujar una realidad que no encuentro en tu nombre, cuál misterio ofrece Dios para que la muerte no sea ni el fin ni el principio. A duras penas, puedo explicarte, madre mía, sobre estas cosas, y temo en el aciago tiempo que nos encumbra, mientras te preguntaba por los árboles del patio, por los días de navidad y la familia. Qué puedo hacer, madre mía, si

no pude sustituir mis venas por las tuyas, si en tu mirada siempre encontré un rencor injusto, diría yo, amargo, por la inexplicable hora de la transfusión, por la herida que mucho más se hacía en mí junto al lamento. Nada sabías, madre mía, nada sabías. Cómo podré revivir tantos motivos diversos, fingir que se está feliz por el hecho de hablar de la felicidad. Callar simplemente, cambiar de conversación como si nada sucediera, pero es terrible el candil y la expectativa por los medicamentos que no llegan. Mientras prefiera que sigas peleando por la casa y el país, insistir que todo ha sido un sueño y tenga lágrimas nada más, y no pueda hablarte de porvenir, de los hijos que no sé si tendré; ah para qué tantas preguntas. Madre mía, si un día piensas que intenté escapar de esa realidad, que no cuidé bien de ti, que también he sido un animalito tembloroso perdido en su soledad. Qué puedo decirte, madre mía, que me perdone, que me perdone. ●

RADAMAS ADENTRO



IBRAHÍM DOBLADO.

UN HOMBRE, UNA METÁFORA DE LUZ

ILEANA ÁLVAREZ

Mientras uno existe, vive en un mar de confusiones. Y hay que encargarle al tiempo que diga la última la palabra. Él la dirá». Así se expresaba de forma promisorio Ibrahím Doblado del Rosario (Ciego de Ávila, 6 de agosto 1941- 21 de junio de 2012), en una entrevista que se le realizara a raíz de presentarse sus libros *Estampida* y *Oceánicas*, en la Feria del Libro de 2006.

El tiempo, el que no perdona, brutal, cada día más fuerte grita la última palabra sobre la vida y obra de Ibrahím, y estampa su nombre en el rostro de la historia de un país para que no sea olvidado. Claro, los que no tienen ojos para ver no lo verán, pero ahí está escrito su nombre, que hoy colocamos a la entrada de la Sala de Literatura de esta Biblioteca, para honrarlo. Y no podía haber nombre mejor, su obra es orgullo de este terruño donde nació, que no lo abrazó ni lo cuidó al morir, y que tendrá el deber cívico de jamás olvidarlo, so pena de matar un fragmento de su propia identidad.

Hay poetas que dan nombres a lugares, como ya lo hizo Lucas Buchillón con Tamarindo, al que bautizó como «El Valle de las garzas»; otros con sus versos despiertan imágenes borradas y al mismo tiempo colocan la libertad en la sustancia con que se levanta el lenguaje y también en los espacios que cantan. Ibrahím construyó toda su obra con la materia libre,



misteriosa, vital con que se alumbra la poesía, y nunca su espíritu lo abandonó en ninguno de sus relatos para niños o adultos. Su prosa carga el impulso vital que concede la imagen poética, el lector se deleita, se place en los espacios de libertad que concibió en sus libros y se traslada a ellos por el poder subyugante de la palabra. Cantó a Turiguanó y a los Cayos de Jardines del Rey y dejó una marca que no puede ser borrada, la marca de la emancipación que solo concede la más alta expresión artística, y el alma pura como la del niño que siempre lo acompañó. En una ocasión dijo:

Los mayores, mientras crecemos, nos olvidamos que algún día fuimos niños. Y hay veces que, en medio de ese crecer, obviamos que solo con la nobleza y la sinceridad se pueden derribar ciertas barreras. Eso es lo que usted puede encontrar en mis libros. Puede que algunos sean violentos, sin embargo se han atenido a estos principios que no niegan la fantasía. Puede que sean de aventuras y que al final parezcan

románticos. Pero yo lo he querido así. Porque, al final, lo único que hago es muy sencillo: escribir esos cuentos, que de niño quise y nunca pude leer.

Quizás, por pretender algo tan simple como escribir lo que de niño no encontré en sus lecturas, logré algo mucho más complejo: los lugares y paisajes, la naturaleza salvaje, indómita y a la vez hermosa que reflejó en su obra, después de la mirada del brahím ya no son los mismos; han pasado a formar parte del universo literario, se han convertido en metáfora, en imagen, existen como una nueva sustancia más perdurable.

A los avileños, pues, no nos queda más que agradecer que haya existido un escritor como Ibrahím. Nunca será suficiente lo que hagamos por salvaguardar su obra «de las oscuras manos del olvido», para incentivar la lectura de sus libros, cargados de valores éticos y ajenos a cualquier actitud doctrinal y moralizante.

Todo niño o adolescente que se acerque a *Relatos de Turiguanó*, *Los viajes*, *el regreso*, *Sueña*, *Miguelito sueña*, o *Caballo salvaje* es un niño que crecerá confirmando valores tan universales como la solidaridad, la

honestidad, el amor y el respeto por la naturaleza; es un niño que crecerá fuerte, liberado por el poder y la fuerza de la imaginación, será un hombre mejor. El escritor que puede lograr eso con sus libros, sin duda es un gran escritor.

Y puede resultar extraño, pero ese escritor hasta hace poco estuvo entre nosotros, caminó por estas calles humildemente, en los últimos años arrastrando su cuerpo enfermo, que no su alma, siempre límpida, que no su mente plétórica de proyectos escriturales y sueños por cumplir; conversó en La Fontana sobre Hemingway y Vallejo, o sobre Dios y las pruebas de su existencia mientras tomábamos un café suave a la americana; tocó a varias puertas necesitado, con la «pobreza irradiante» que provee la aristocracia del espíritu, y no todas las puertas se le abrieron. Sí, estuvo ahí, bien al alcance de la mano «y no llegamos a conocerlo», como ya dijo Martí en su obituario a Julián del Casal, porque la historia, como noria torpe, repite semejantes desvaríos.

Quiero evocar fragmentos del retrato que el escritor Enrique Pérez Díaz le hiciera cuando supo la noticia de su muerte:

[...] los cayos y el desértico paisaje tiraban de ti como si de un atavismo o una magia ancestral se tratara y hacia allá te ibas siempre en escrituras y rescrituras del mito Turiguanó o Romano que ya conforman una recurrente saga de tu tierra bien amada; te ibas como el hombre sabio y antiguo que desde muchacho siempre fuiste, andando como una sombra desvelada en pos de un mundo distinto, el universo en el que solías soñarte como el más atormentado de tus personajes, perdido entre los infinitos esteros de la imaginación más desbordante.

Así es, un mito fraguó en un fragmento de la tierra avileña, y con ello, nuestra aún en formación identidad, delinea su rostro un poco más, que así de poderoso es el legado de los hombres buenos, de alma y obra grandes.

Ay de los lugares que no tengan un Ibrahím que les cante y ay del que los tenga y no los honre. ●

(Ciego de Ávila, 6 de marzo de 2014. Palabras leídas en la reinauguración de la Sala de Literatura de la Biblioteca Pública «Roberto Rivas Fraga» de Ciego de Ávila, que hoy lleva el nombre de Ibrahím Doblado del Rosario.)



DISCURSO
AL RECIBIR EL I PREMIO
INTERNACIONAL DE POESÍA
«MANUEL ACUÑA»,
MÉXICO, 2013
LUIS MANUEL PÉREZ BOITEL

Resulta siempre muy emotivo realizar un viaje como este. No sólo por la razón de este encuentro, al recibir el premio internacional de poesía Manuel Acuña en lengua española, en su primera convocatoria, auspiciado por el gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza, a través de la Secretaría de Cultura. Diría que llegar a México es reencontrar a mis ancestros, pues mi tatarabuela era de esta nación, quien se casara con un chino y el destino los hizo llegar a la isla de Cuba, quizás con la pretensión de regresar con el paso de los años a su casa en Mérida, cosa que nunca sucedió. Definitivamente es este un viaje que como deuda de gratitud tenía que asumir por mi otra familia y créanme que es un honor hacerlo con poemas por estas tierras que tanto han aportado al legado cultural del continente.

Sería imposible signar la historia artístico-literaria de América sin hablar de México. También creo que sería imposible hablar de los vínculos entre México y Cuba si no abordamos las relaciones y el cariño que se han tenido artistas y escritores de estos países. Por lo que al recibir este reconocimiento me llegan a la memoria múltiples ejemplos, que intento traer a colación. Particular ha sido la huella

del muralismo de este país que a través de pintores tan significativos y emblemáticos como Diego Rivera, José Clemente Orozco y Alfaro Siqueiros, crearon una tradición importante al captar el elemento mestizo o indígena que estereotipaba un modo de pensar desde este gran continente. De allí su aporte a las artes plásticas cubanas visto desde la obra de Eduardo Abela, Carlos Enríquez o el propio Mariano Rodríguez, reflejado en el campo cubano, en ese modo de asumir la ruralidad y la imagen del guajiro. Algo parecido ocurre en la obra de una extraordinaria artista cubana como Amelia Peláez donde la impronta del muralismo se descifra claramente en un mural que hiciera para la capilla del antiguo colegio Salesiano de Santa Clara, que refleja la figura de Don Bosco, en el año 1956, o en otro mural, este a la intemperie, que hiciera para el Hotel Habana Hilton, hoy Habana Libre, donde las formas buscan una originalidad inusual.

Otra huella está en un insigne artista también de la provincia donde resido, al captar de modo acertado el elemento del mestizaje, en este caso chino-cubano; estoy hablando de Wilfredo Lam, presente en varios museos de México por la valía de su obra. Cabe destacar, incluso, que en los temas afroamericanos, está presente el elemento mexicano, por naturaleza, y es este un término bien complejo cuando descubrimos en una obra tan interesante como la de Teodoro Ramos Blancos, cómo el elemento negro se puede

apreciar en la imagen de una mujer negra tallada en mármol blanco, esa expresividad sería imposible dibujarla si no tomamos como referencia la impronta que nos dejan las artes plásticas mexicanas. Esos elementos no sólo se perciben en las imágenes, sino también en el color, en esa intensidad que nos dejan los cuerpos, los paisajes. Una extraordinaria pintora como lo fue Frida Kahlo, que intentó constantemente autodefinirse, está identificando a la mujer mexicana, sus desgarraduras y la necesidad de vindicarse, algo que de modo muy interesante, y diría peculiar, mantiene sobre la mesa la obra de la pintora cubana Zaida del Río, en esas claves tan enigmáticas de abordar lo femenino. El colorido de esas imágenes que pudieran agredirnos, en cierto momento, es reflejo inequívoco de esa otra necesidad de pintar la mujer actual cubana y de transformarla. Hay una autoflagelación que más que llamar la atención nos está convocando al diálogo, a los derechos del género, al papel de la mujer en la propia sociedad.

Es también memorable el acercamiento de estos países en la música, reflejando el sentido de lo que significa Teotihuacán, como ese lugar exacto donde los hombres se convierten en dioses, es decir donde triunfan. Por lo que a estas tierras llegó Ignacio Villa Fernández, conocido por Bola de Nieve, y fue aquí, precisamente, donde triunfó junto a otra grande de la música cubana, Rita

Montaner, Se dice que una vez que llegaron, en 1933 esta mandó a poner en un anuncio, sin consultárselo a Bola: «Rita Montaner, con su pianista Bola de Nieve», que definitivamente tuvo que asumir Bola ante un malestar en la salud de Rita. Ella sabía que así era conocido el músico, quien fuera reconocido por sus interpretaciones de *Babalú* de Margarita Lecuona, *Ay, mamá Inés* de Eliseo Grenet, y de Chivo *que rompe tambó* y *El Manisero* de Moisés Simons, entre otras. Pero no es casual, aquí también llegó Benny Moré, Dámaso Pérez Prado, y otros. Estas tierras descubrieron el éxito de Enrique Jorrín, con su chachachá y otros tantos músicos que se haría interminable citar en este apretado espacio.

Resulta que el pueblo de México siempre ha estado al lado de Cuba, y es que nuestra isla se une al continente americano a partir de esta Nación. Aquí el cubano ha encontrado su segunda patria, sus aliados, sus verdaderos hermanos. En los predios de la literatura, también está presente esa relación, esos vasos comunicantes. La impronta de la obra de Juan Rulfo y la de Juan José Arreola, este último jurado en varias ocasiones del premio Casa de las Américas, son evidentes.

Desde Cuba, esa *tradictio* de aportación al panorama de las letras mexicanas se viera de modo palpable en los artículos que publicara

José Martí en varios periódicos de época, o el propio José María Heredia en publicaciones que fundó o apoyó en medio de una difícil situación política, baste mencionar las revistas *El Iris*, en los meses de febrero a junio de 1826, *Miscelánea* (Tlalpam, septiembre 1829-abril, 1830), *Toluca*, (junio 1831- junio de 1832), *La Minerva* en 1833, y en periódicos como *El amigo del Pueblo* (1827-1828), *El Conservador* (1831), *El Fanal* (1831-1833), y *Diario del Gobierno* (1838-1839). Según nos comenta el poeta cubano Angel Augier:

En Toluca, donde era Ministro de la Audiencia de México el propio Heredia publicó en 1832 la segunda edición de sus poesías, en dos tomos. En el primero, incluyó los poemas de amor y las imitaciones, en el segundo, los poemas filosóficos y descriptivos, sus versiones del falso Osián y las que denominó poesías patrióticas, que comprendían las relativas a Cuba y a motivos de otros países latinoamericanos.¹

Esa relación desde la escritura, se asume de modo muy evidente en un sentido dialógico, para entender un poema escrito en dos versiones donde un poeta cubano como Emilio Ballagas nos brinda un homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz, y escribe:



*Húyeme, yo te huiré, más si me buscas
resuena un eco en ti de lo que sueño,
el corazón suspenso en el desvelo.
Huye de mí porque valor no tengo
ni tú quizás para que encarcelada
dejes quebrar tu mano entre las mías.
O ven, entra en las fieras galerías;
que ya como una mina ofrezco el pecho
pozos de amor, cavernas de dulzura—
a la linterna de pupila muda,
al hierro que entra sordo por la herida.*

Esos diálogos a través de la poesía también están presentes en poetas como Eliseo Diego, quien residiera en México, y otros poetas de la conocida generación origenista en Cuba o en la labor de un autor tan extraordinario como Juan Marinello quien fuera profesor del Colegio de México y donde estudió nuestra gran Mirta Aguirre,

y ambos trajeron a Cuba las cenizas de Julio Antonio Mella, líder estudiantil que luchó fervientemente contra la dictadura machadista y que fuera asesinado en ciudad México por orden de ese dictador. Pero también debemos buscar esos vínculos en el escenario de la obra de escritores mexicanos como Carlos Pellicer, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, y Eduardo Lizalde, para mencionar algunos. Un hecho peculiar que hoy se advierte en la poesía americana, y en particular, tiene un paisaje ganado en México, es la dimensión que alcanza la poética de José Lezama Lima, a partir de los estudios de Severo Sarduy sobre el barroquismo y la tendencia neobarroquista que existe en alguna zona de la poesía de este país, tan demodé entre jóvenes escritores. Resultaría importante consignar que Lezama viajó a México en 1949, dejando evidencia de su estancia en algún pasaje de Paradiso, así como en una carta fechada el 18 de octubre del propio año, dedicada a su madre donde consigna que vivía «de sorpresa en sorpresa, del mucho agrado al otro agrado en que todo se nos presenta como revelada maravilla». Imagino al autor de *Enemigo rumor*, bajo este cielo cuando en la propia misiva delataba «la emoción adecuada que debe tener un católico americano para mostrar su fe en una forma alta y condigna».

De tal modo que hay ganancias escriturales a partir del acercamiento de las letras cubanas y mexicanas a través de los siglos.

Esa comunión nos permite aseverar, que desde la literatura se está pensando desde la perspectiva del hombre americano, a diferencia de épocas pasadas donde era lógico y justificable la influencia que marcaban las vanguardias europeas. Hay en la literatura actual en nuestro continente una necesidad de reposicionar no sólo al ente escribiente, sino también la historia, y en el escenario que hoy se edifican tanto en Cuba como en México se consolida este punto de vista, que necesitarían quizás ser con mayor tiempo abordado. Sería óbice decir que en Cuba se ha publicado a través de una institución tan paradigmática como Casa de las Américas la obra de Amado Nervo, Sor Juana Inés de la Cruz, José Emilio Pacheco, Juan Bañuelos, lo que nos evidencia la riqueza de este intercambio. Resulta emotivo apuntar que gracias a una propuesta realizada por Carlos Pellicer, en 1967, cuando viajó a la Isla de Cuba para participar en el Encuentro sobre Rubén Darío, propuso la creación de un centro de investigaciones literarias en la Casa de las Américas, algo que fuera según nos comparte el escritor cubano Juan Nicolás Padrón «acogido con entusiasmo por Haydée Santamaría»,² presidenta de esta institución por esos años.

Pero volvamos al premio que hoy compartimos. Noble empeño, pudiera decirse, han tenido ustedes, representantes del Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza, los organizadores del evento, por

homenajear tan dignamente al autor de «Nocturno a Rosario», que ciertamente es un escritor también de toda América, coetáneo con otro de los grandes bates del continente. Me refiero a José Martí, que en una devoción y admiración extrema, escribiera en el *Federalista*, periódico mexicano, el 6 de diciembre de 1876:

Y era gran poeta aquel Manuel Acuña. Él no tenía la disposición estratégica de Olmedo, la entonación pindárica de Matta, la corrección trabajadora de Bello, el arte griego de Théophile Gautier y de Baudelaire, pero en su alma eran especiales los conceptos; se henchían a medida que crecían; comenzaba siempre a escribir en las alturas.

Y ciertamente era esta una relación de admiración y respeto que el precursor del modernismo, descifraba ciertamente en la obra de Acuña, una gran revelación y un signo muy particular. Tal es el hecho de que cuando este muere, en este mismo texto que titulaba con el nombre del bardo refiere:

Hoy lamento su muerte: no escribo su vida; hoy leo su nocturno a Rosario, página última de su existencia verdadera, y lloro sobre él, y no leo nada. Se rompió aquella alma cuando estalló en aquel quejido de dolor [...] Y aseado, y tranquilo, acallando con calma aparente su resolución solemne y criminal, olvidó, en un día como este, que una cobardía no es un derecho, que la impaciencia debe ser activa, que el trabajo debe ser laborioso, que la constancia y la energía son las leyes de la aspiración: y grande para desear, grande para expresar deseos, atrevido en sus incorrecciones, extraño y original hasta en sus perezas, murió de ellas en día aciago, haciéndose forzada sepultura; equivocando la vía de la muerte, porque por la tierra no se va al cielo y abriendo una tumba augusta, a cuya losa fría envía un beso mi afligido amor fraternal.

Esa fraternal mirada del apóstol cubano, se acentuaba en otros textos que el maestro escribiera –a posteriori– como latente admiración por Manuel Acuña, a quien llamó también un discudidor modesto de la Sociedad Netzahualcóyotl.

Lo cierto es que al recibir este premio, retomo esos lazos indisolubles entre nuestras naciones, la fe de que con la poesía podemos abrir nuevas puertas al entendimiento, la sabiduría y la

justicia. Es con la poesía que podemos construir nuevas catedrales y apostar por ese mejoramiento humano del que habló Martí. He tenido hoy la fortuna de escribir estas palabras y aceptar este reconocimiento admirado por la cultura que hoy se percibe en este continente americano, y subrogándome en lugar y grado de todos los poetas que han participado, conocidos o no, brindando siempre en esta ocasión por este 140 aniversario luctuoso del poeta saltillense.

«Artefactos para dibujar una nereida», es la obra que tuvo la fortuna de ser seleccionada en esta primera convocatoria del evento. Un libro siempre encierra un tiempo, y en este que entrego, le confieso, ha sido un período de divertimento pues creo que la literatura debe asumir los desafíos del propio arte escritural, y en lo particular del lenguaje, lo que resulta para mí un gran deleite. Esa relación con el lenguaje me ha permitido una voz más versátil para hablar del tiempo. Quizás reconocer la impresión que tuve al descubrir un niño parapléjico que pintaba con su boca ángeles. Ese acto, como exorcismo de otras vidas, pudiera figurar en estas páginas que el lector debe asumir como un vago desasosiego.

Son estos mis modestos criterios –a priori– sobre la emoción que todavía albergo al conocer de este resultado. Había tenido la suerte

de ganar otros premios, de lograr ciertos reconocimientos con mi obra. Así salieron a la luz, poemarios como: *Unidos por el agua*, *Bajo el signo del otro*, *Los inciertos dominios del escriba*, *Aún nos pertenece el otoño*, *Las naves que la ausencia nombra* y *Hay quien se despide en la arena*, para nombrar algunos de los títulos de mis 19 libros publicados. Con ellos he viajado por Argelia, España, Venezuela, Guatemala, Honduras, El Salvador, Colombia y México, país este que admiro como mi segunda patria. Por lo que esta será la ocasión propicia de llegar a Coahuila con un módulo de libros cubanos, que compré en mi país, para traerlos y donarlos a la biblioteca de este Estado, este pudiera ser mi modesta entrega junto con esos versos que ya no son míos, que no me pertenecerán, pues formarán parte como razón de este encuentro, a la cultura de esta gran nación.

Resultaría atinado consignar la repercusión que tuvo este reconocimiento en los medios de la provincia donde resido, no así —lamentablemente— en algunos medios de divulgación de carácter nacional en Cuba, espacios que ya tienen como costumbre la de omitir las verdaderas realidades que se escenifican en la isla, incluso en los predios de la cultura, limitando al pueblo cubano de la noticia real, inmediata y de impacto societario. No obstante, más que hablar de esos medios que ya han perdido mucha credibilidad en mi país, que los cubanos conocemos, quiero traer a colación el pensamiento

martiano de que «Patria es humanidad», para en este acto hacer justo reclamo por la liberación de cuatro cubanos, ellos son: Gerardo Hernández Nordelo, Antonio Guerrero Rodríguez, Fernando González Llort y Ramón Lamañino Salazar, quienes han sido víctimas de violaciones en las garantías procesales del debido proceso que contra ellos se ha realizado en los Estados Unidos de América, amparándome —in sito— en la letra de la quinta en relación con la sexta enmienda de la Constitución de ese país, al ser el resultado sus causas penales del odio del gobierno norteamericano contra mi patria. No pudiera yo terminar este discurso de agradecimiento, sin la convocatoria, oportuna y digna, a todos ustedes para que se sumen a esta lucha.

Agradecer una vez más a los organizadores, de modo muy especial al Gobernador, el Señor Rubén Moreira Valdez, así como a la Secretaría de Cultura, en la persona de la Señora Ana Sofía García Camil, a los integrantes del jurado, y a todos los que han participado en este empeño, hoy realidad, en el escenario donde todos los medios de divulgación mexicanos y creadores hispanoamericanos, han estado atentos por este acontecimiento que no terminará exactamente el 6 de diciembre del año en curso, infiero. Pues hoy todos tenemos un mayor compromiso y sabemos más de la obra de Manuel Acuña, por lo que será el tiempo cierto para volver sobre él e

imaginar que también estuvimos frente a su cadáver, aquel otro 6 de diciembre pero de 1873, mirando las innumerables lágrimas de sus ojos dispuestos ya a lo eterno. Como bien nos recuerda Juan de Dios Peza, al retomar los versos del bardo: «*como deben llorar en la última hora/ los inmóviles párpados de un muerto*».

Muchas gracias.

¹ Ángel Augier: *Obra poética de José María Heredia*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2003, p. 12.

² Juan Nicolás Padrón, en: revista *Amnios*, no. 11, 2013, p.107

(Remedios, Villa Clara, 1969)

